

## SERMON 2.º

SOBRE EL

### PATROCINIO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

*Convenite et ingrediamur civitatem munitam.*

Congreguémonos y refugiémonos en esta ciudad fortalecida.

Jerem. cap. VIII, v. 14.

Al ocupar en esta mañana la cátedra de la religión, para hablaros de María, vida, dulzura y esperanza de los pecadores, deseo que oigais con antelación á mis pobres conceptos, las dulces espresiones de dos lumbreras de la Iglesia, que en pocas, pero elocuentísimas palabras, nos hacen conocer cuánto podemos esperar del patrocinio de la Virgen purísima, que siendo Madre de Dios, por un privilegio singular del Espíritu Santo, es al mismo tiempo Madre de los humanos por otro privilegio del amor de Jesucristo. «Sabemos, dice San Anselmo, que la bienaventurada Virgen tiene tanto mérito y gracia para con Dios, que no puede dejar de hacerse cuanto ordenare su voluntad; porque toda la potestad en el cielo y en la tierra le ha sido concedida; nada le es imposible á aquella á quien

es posible hacer que los desamparados vuelvan á concebir sólidas y verdaderas esperanzas de su salud eterna (1).» Veamos ahora, cómo se esplica el devotísimo San Bernardo. Escuchemos una sentencia, unas frases que encierran un mundo de ideas, que dicen tanto é instruyen como un mundo entero. «Busquemos la gracia, dice, y busquémosla por María; porque esta Señora halla siempre lo que busca, ni pueden jamás ser frustradas sus diligencias (2). Y en otro lugar, dice: «Tenemos una abogada que está en el cielo con antelación, la cual, como Madre del Juez y Madre de misericordia, trata con la mayor eficacia los negocios de nuestra salud (3).»

De las sentencias que acabamos de recordar, se desprende que nuestra Madre la que está en el cielo, y desde allí reina sobre los ángeles y los hombres, tiene á la vez el poder de hacernos bien, de sernos útil, y la voluntad de dispensarnos sus favores.

¿No es verdad, devotos de María, que el conocimiento de estas verdades, es para vosotros un lenitivo en todas vuestras aficciones? ¿No lo es que á la sombra de esta palma frondosísima, ó aspirando el delicioso aroma que despide esta hermosa rosa de Jericó, y que embalsama el Universo, olvidais todos vuestros pesares? ¡Qué consoladora realidad! La vida del hombre sobre la tierra, dice Job, es una guerra continuada (4). Dentro de nosotros mismos tenemos la semilla de todos los males, y una desgraciada disposición para contradecir á todos los bienes. La carne enferma se revela contra el espíritu, y las indómitas pasiones trabajan

(1) S. Ansel. Serm. de Concept. Virg.

(2) S. Bern. Serm. de Nativ. B. M. V.

(3) Ibid. Serm. I. de Assump.

(4) Militia et vita hominis super terram. Job. cap. XII. v. 1.º



por hacernos caer de la altura de la virtud al abismo del pecado. ¡Guerra continua! Además, sea cualquiera nuestra posición, ora nademos en la abundancia, ora carezcamos hasta de lo más indispensable para el sostenimiento de la vida, ello es, que siempre nos vemos rodeados de sinsabores que nos arrebatan la tranquilidad. ¡Miserable condición de la humana naturaleza!... ¿Qué desea, qué apetece con anhelo el infeliz abandonado de todos, cuyas ropas son míseros harapos, su alimento el fruto de la caridad que implora, y su lecho de descanso tal vez el duro suelo? No otra cosa que una protección que le saque de su mísero y desventurado estado; una mano generosa que le auxilie y le eleve á la condición de los demás hombres. Pues bien; pobres y necesitados somos; sin una mano poderosa que nos saque á salvo del mar proceloso de las pasiones, pereceremos indudablemente. María, pues, que tanto puede y que tanto nos ama, está dispuesta á ser nuestro ángel de consuelo y de salvación: su patrocinio si con fé lo imploramos, nos conducirá al término feliz á que aspiramos. Así nos lo enseña la Iglesia, que ha establecido la presente festividad del Patrocinio de Nuestra Señora, que es para todos los cristianos un objeto de consuelo.

En cumplimiento, pues, del cargo que me ha sido confiado, y deseoso de que os hagáis acreedores á la protección de la Santísima Virgen, voy á demostraros que habiendo sido constituida por el Salvador, medianera de intercesión, podemos fundadamente esperar por ella la salvación si nos hacemos dignos de que nos acoja bajo su patrocinio. Venid, cristianos: congreguémonos y refugiémonos en esta ciudad fortalecida: *Convenite et ingrediamur civitatem munitam.*

Imploremos ante todo los divinos auxilios por la intercesión de la Santísima Virgen, saludándola reverentes con las palabras del Ángel: *Ave María.*

#### PARTE ÚNICA.

El Patrocinio de la Santísima Virgen ha sido reconocido siempre en la Iglesia universal desde el momento mismo de establecerse la religión sacrosanta de su divino Hijo. Los cristianos han acudido siempre á María, reconociendo el gran poder que la ha sido concedido por Dios; y por esto no han dudado los Padres en llamarla acueducto de las divinas misericordias y tesorera de la gracia. ¿Qué objeto pudo tener Jesucristo al confiarle la maternidad humana en el Calvario, sino constituirla protectora de los mortales? Cuando el Salvador triunfante de la muerte subió al cielo, María quedó por algún tiempo en la tierra para ser la maestra de la naciente Iglesia. A ella acudían los Apóstoles para recibir consejos, y los que se afiliaban á la nueva religión, la visitaban ansiosos de besar su purísima mano, rogándole les alcanzase el don de la perseverancia, y la fortaleza necesaria para luchar con los enemigos de la Iglesia.

Luego que sube al cielo para ser coronada reina de los ángeles y de los hombres, los Apóstoles y discípulos del Salvador la invocan con fervor, recomiendan su devoción, y por todas partes donde resonaba la trompeta evangélica, es pronunciado con el nombre de Jesús el de María, y en todas partes se experimentaba su patrocinio. ¿Qué ha sucedido después en el curso de los siglos? Cuantos beneficios han recibido por su protección los pueblos cristianos, lo revelan con impo-



nente silencio la multitud de suntuosos templos y magníficos altares que en su honor se han erigido. Los padres de la Iglesia, así griegos como latinos están conformes en este punto, y no hay uno solo que no haya cantado con entusiasmo sus piedades. San Ignacio, lleno de fé y rebosando amor, llama á María *la señora de nuestra religion*. Y en vano pretenderán los protestantes hacer datar el culto de la Virgen María y la confianza que en ella depositan los católicos, al siglo IV de la Iglesia, pues es indudable que los primitivos cristianos la veneraban extraordinariamente, y que su nombre junto con el de su divino Hijo era invocado por los mártires cuando eran conducidos al lugar de los tormentos. Santa Justina quiere librarse de los conjuros de una mujer, y para esto cree suficiente implorar los auxilios «de esa primera mujer que habia logrado mas que los hombres, y que habia hecho pedazos las cadenas de sus hermanos, destruyendo para siempre el poderío del demonio.»

Me haria interminable si hubiere de haceros notar cuanto han escrito los Padres y doctores, para confirmarnos en la esperanza que fundamos en la Santísima Virgen. Ella, dice San Efrén, es el único refugio del mísero pecador (1). Ella es el atrio del cielo, dice San Buenaventura, la puerta de la morada eterna, y ninguno debe confiar entrar en el cielo, sino por esta puerta (2). Estas verdades inspiradas por la mas pura y fervorosa devocion, han estado siempre en la conciencia de todos los cristianos: por esto sus imágenes se

(1) Peccatorum et auxilio destitutorum unica advocata, atque adiutrix ac refugium et diversorium. S. Ephrem., de Laud. Deip.

(2) O felix porta per quam Deus ingressus est mundum, et per quam homo ingreditur cælum... Nemo confidat ingredi cælum, nisi per istam. portam. S. Thom. á Vill., Conc. 5 de Annunt.

ven continuamente rodeadas de fieles que impetran su Patrocinio, esperando conseguir por su mediacion del Omnipotente el remedio de los males del mundo.

El origen de la festividad que hoy celebramos es gloriosísimo para la España, y debemos hacernos cargo de él al ocupar en este dia la sagrada cátedra de la religion. Que nuestra nacion ha merecido de la Santísima Virgen una predileccion extraordinaria es una verdad, de la que podemos presentar entre otros muchos testimonios el célebre monumento que forma la gloria de Zaragoza y de toda nuestra Península, y prueba tambien esta predileccion la multitud de diversas ocasiones, en las que ha mostrado con ella su patrocinio.

Si abrimos nuestra historia pátria, encontraremos mil hechos que nos demuestran la consoladora verdad que acabamos de consignar. Fijad vuestra vista, señores, en aquella época calamitosa y desgraciados dias en los que los sectarios del falso profeta de la Meca, invadieron nuestros pueblos. Entonces cuando Dios permitió por sus altos é inescrutables juicios que nuestros templos, donde antes se celebraba el agosto é incruento sacrificio, fuesen profanados por las inmundas ceremonias del Koran, vió España y esperiméntó un rasgo de la proteccion de la Virgen purísima. El intrépido don Pelayo, de imperecedera memoria, se habia retirado á una cueva de las montañas de Asturias con mil infantes, que era el único resto de todo el poder de la monarquía española. En vano el arzobispo don Oppas quiso persuadirles que se entregaran sin hacer mas resistencia á los infieles, creyendo que este era el único medio que tenian de salvar las vidas. Bien conocia el valeroso caudillo lo insignificante de sus fuerzas para



contrarestar el numeroso ejército de los agarenos, pero confiado en el patrocinio de la Santísima Virgen, bien sé, dijo, que son muy débiles mis fuerzas para recibir á las de los enemigos de los cristianos, pero con la proteccion de María, espero salvar mi vida y la de todos los que aquí se hallan. A poco llegaron los moros, los cuales empezaron á arrojar una nube de piedras á la entrada de la cueva. Pero no habia confiado en vano don Pelayo en el patrocinio de la Madre de Dios, y un admirable prodigio vino á demostrarlo. Las saetas y las piedras que los moros disparaban volvieran contra ellos con el mayor ímpetu, lo que les hizo ponerse en vergonzosa fuga, atribuyendo el hecho á virtud superior, logrando el piadoso adalid salvar el último resto de la monarquía goda. Y fué tanto el valor que aquellos soldados cristianos adquirieron á vista de la celestial proteccion, que salieron de la cueva y cargando sobre la morisma que huía, le hicieron dejar mas de veinte mil hombres fuera de combate; y al pasar del monte Fusena al campo Libanense otros sesenta mil moros, se derrocó un monte cercano, dejando sepultados entre sus ruinas una multitud de ellos. Victoria admirable conseguida por el patrocinio de María, y que fué el principio de la restauracion de España. Aquella cueva dedicada despues al culto de la protectora benéfica de los españoles, fué llamada de Santa María de Covadonga.

Leed, M. A. O., la historia de las conquistas del santo rey Fernando III, y vereis que todos sus triunfos y admirables victorias contra los infieles fueron debidos á la proteccion de la Santísima Virgen, á la que profesaba una fervorosisima devocion. Treinta y cinco años sostuvo guerras con los moros sin que

jamás fuese vencido. Sus grandes trabajos por espulsar los moros de todo el territorio español, los pinta con pocas palabras su hijo Don Alfonso X de este modo: «Aquel buen rey era tal, que cuando acababa una conquista pensaba en comenzar otra: no sabia ni comer el pan con descanso, ni mantenerse quieto, ni á fin de poder dar cuenta al gran Juez de lo alto del empleo que habia hecho de su tiempo, como debe hacerlo todo buen rey cristiano.»

Tal era la confianza que en el Patrocinio de la Santísima Virgen tenia fundada el santo monarca, que siempre llevaba una pequeña Imágen suya en el arzon de su caballo, á mas de una magnífica que estaba custodiada en el mejor apartamento del cuartel real, y que hoy es objeto de una general devocion en la iglesia metropolitana de Sevilla, donde es conocida con el nombre de la *Virgen de los Reyes*.

El dia de San Clemente, á 22 de Noviembre de 1248, se rindió Sevilla á la invencible espada de San Fernando. Si esta conquista aumentó los muchos laureles que ya habia alcanzado, no por esto se envaneció. Estaba persuadido que de poco sirve el valor y el esfuerzo del soldado si le falta el auxilio del Dios de las batallas. Toda la gloria la queria para Jesucristo: sus triunfos los atribuía siempre á la proteccion y Patrocinio de su Madre. No hizo su entrada en la ciudad al modo que suelen hacerla los conquistadores. Quiso que primero entrase la Imágen de la Reina de los cielos, á la que acompañó como vasallo. En un rezo particular y muy antiguo de la santa Iglesia de Sevilla, se leen unas palabras que confirman lo que acabamos de decir. Oidlas: «Conquistada la ciudad, atribuyendo Fernando la victoria, no á sus armas